

Presidente de la República de Ecuador

Rafael Correa

Panteón Nacional, Caracas – Venezuela

5 de Julio de 2010

Discurso en el marco del traslado de los restos simbólicos de la Generala Manuela Sáenz junto a los restos mortales del Padre de la Patria, Simón Bolívar

Comandante Hugo Chávez Frías, Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, señor Nicolás Maduro, Canciller de la República Bolivariana de Venezuela, señor Tareck El Aissami, Ministro del Interior de la República Bolivariana de Venezuela, ministras y ministros del Gabinete Ejecutivo y autoridades de gobierno de la República Bolivariana de Venezuela, señor Ricardo Patiño, Canciller de la República del Ecuador, señor Ramón Torres Galarza, embajador del Ecuador en la República Bolivariana de Venezuela, señoras y señores miembros de la delegación oficial del Ecuador, ministras, ministros de estado, altos funcionarios del Gobierno, señoras, señores assembleístas, líderes populares que nos acompañan desde ese pedacito de patria que es Ecuador, patria latinoamericana. Señores representantes de los medios de comunicación y, sobre todo, nuestros mandantes, ciudadanas y ciudadanos de la República Bolivariana de Venezuela y de la República del Ecuador y de toda nuestra América.

Manuela Sáenz Aispuru es de esas mujeres inmortales, que aún después de muertas siguen haciendo todavía. Manuela, la despatriada, la consecuente revolucionaria que siempre estuvo dispuesta a jugarse entera por la libertad, ha vuelto a tener patria. Ella, la insepulta de Paita, como la nombrara Pablo Neruda, nos despierta con su ejemplo libertario las conciencias; nos pone frente a frente con nuestras responsabilidades con la historia. Ella, cuya memoria nos fuera confiscada por tanto tiempo, ha sido reconocida como Generala del Ejército ecuatoriano; ella con su ejemplo libertario nos dice en este momento único, irrepetible y lúcido que no podemos quedarnos inculpando al pasado, inculpando al destino, porque el destino, los verdaderos revolucionarios, tenemos que trazarlo.

Ahora con este acto simbólico que reafirma nuestro compromiso libertario podemos decir que no sólo la espada de Bolívar camina por América Latina, Manuela con su claridad manifiesta, con el amor, con la valentía y la conciencia, también cabalga de nuevo por la historia.

Ella que desafió las convenciones de su época; ella, que dicen que se reía a carcajadas o poniendo la música de su alegría en contra de las risitas discretas de las señoras de sociedad; que mostraba su talante, su alevosía vistiéndose de hombre, luciendo uniforme militar y cabalgando con mayor destreza que sus acompañantes; audaz, inteligente y loca, la amable loca de Bolívar, la pequeña insurrecta, insumisa, rebelde y luchadora, llena de amor, de sueños y un coraje supremo para conquistar la libertad. Tendría 12 ó 14 años cuando tocaron arrebatos las campanas en Quito el 10 de agosto de 1809 para anunciar el primer grito de libertad; cuando los patriotas se plantaron al frente del presidente de la real audiencia de Quito para decirle que el pueblo había decidido conformar la Junta Suprema de Gobierno, que se acabó el vasallaje, habrá estado feliz ella, saltando en la celda del convento de las monjas conceptas en donde a la muerte de su madre la enviaron con la intención de cortarle las alas, por el solo hecho de ser ilegítima, hija natural, un pecado en un tiempo de oscuridad. En el convento en donde aprendió a leer, a escribir y a rezar; en donde aprendió inglés y francés.

Un año después de haber estado conmovida, se habrá puesto muy triste después, muy dura, recia y con los puños apretados; debe haber estado llorando al conocer que los realistas estaban masacrando al pueblo inerme, a los patriotas, al pueblo en las calles, que estaban fusilando a los que tenían a la libertad como bandera, en ese terrible 2 de agosto de 1810; ella tuvo que huir junto con su familia a la hacienda de Cataguango, y desde allí escuchar los estruendos y sentir la presencia de la muerte.

Dicen que Manuela siempre mostró gran capacidad, inteligencia, rebeldía ante las normas. En el convento de las Monjas Catalinas, en donde la internaron nuevamente y de donde se fugó con un joven oficial.

En Panamá la casó su padre con un comerciante inglés que la llevó a vivir en Lima, en donde levanta las banderas, y junto con Rosita Campusano, inicia una serie de conspiraciones en contra del virreinato del Perú. Con la guayaquileña Rosita Campusano, la protectora del protector de Lima, cómplice y amiga, con quien llegaron a convencer al batallón realista Numancia de que se pasara a las filas del Ejército Libertador, comandado por José de San Martín; porque Manuela Sáenz fue una activista política mucho antes de conocer a Bolívar y mucho después de su muerte.

Los servicios de Manuela y de Rosita a la causa de emancipación fueron reconocidos en 1822 por San Martín con la condecoración Caballeresca del Sol, que consiste en una banda blanca y encarnada con una pequeña borla de oro, y una medalla en cuya inscripción dice: Al patriotismo de las más sensibles.

Muchas veces han tratado de ocultarnos, de falsificarnos la memoria de Manuela Sáenz como luchadora, como pasionaria de la libertad, mujer consecuente con sus ideales, excepcional en la valentía y a la devoción a los ideales bolivarianos. Mucho de Manuela ha venido hasta aquí, sobre todo su memoria llena de insurrección, su manera de asumir el futuro cuando dijo: mi patria es el continente de América, he nacido bajo la línea del Ecuador.

Ella siempre tuvo una mirada continental, integracionista, libertaria, que buscaba la unidad de los pueblos, vislumbrando un futuro de paz y de unidad entre diversos, cobijados bajo el ideal de una América unida, libre y soberana.

En la Batalla del Pichincha el 24 de mayo de 1822 no alcanzó a participar, pero estuvo en espíritu, solidaria; aunque hay quienes dicen que ayudó con toallas y comida al paso de los libertadores hacia Quito. Lo que sí se sabe es que conoció al Libertador Simón Bolívar en Quito, a su paso triunfal después de la Batalla del Pichincha, ella le lanzó laureles desde un balcón, él se enamoró de ella para siempre.

Dicen que el amor de Manuela y Bolívar fue de esos que matan y que dan la vida, de esos amores que se juntan como dos balas, que van mucho más allá de la muerte, que no hay quien los clasifique, que se mueren de tanto vivir, que viven de tanto morir; que a ninguno de los dos les cupo en el pecho, ni en los cuerpos, ni en las almas, que sigue latiendo todavía porque dicen que el amor mata al olvido.

Después de vivir siete años con Bolívar llegó a decir que no podría ser la esposa ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo. Militaba en la causa independentista, participaba en los entrenamientos militares y auxiliaba logísticamente a las tropas, era espía y correo de los insurgentes. Fue en esa condición que conoció al Libertador. A combatir salió con él, a darles contras de la muerte, a librarlo de la muerte y las conspiraciones, a cuidarle y pelearle, a darle vida. Él no podía estar sin ella, tanto que se la llevó como bandera, como razón de ser, como profesión de vida.

La vida de Manuela Sáenz es esencial para comprender las experiencias de la mujer en una época de transición cuando las naciones hispanoamericanas comenzaban a nacer y más tarde a definirse. La historia tradicional pretendió mostrarnos a una mujer disoluta, que ostentaba su situación de amante como un baldón, como una afrenta; a una mujer que no respetaba la moral y las buenas costumbres, pero se olvidaron de que el olvido los

cobijaría a ellos por su infamia, que la historia iba a limpiar la imagen de quien defendiera al Libertador en contra de sus enemigos, en contra de sus detractores, en contra de quienes lo querían asesinar, tanto lo quiso que supo ponerse ante las balas, tanto que enfrentó conspiraciones y traiciones.

Una noche mandó a fusilar a unas imágenes de Francisco de Paula Santander, representado en unos muñecos de trapo. Otra noche hizo que escapara Bolívar de un intento de asesinato organizado por Santander. Siempre estuvo guardándole las espaldas, siempre puso su corazón en cada amanecer. Celebramos la memoria de la Coronela Manuela Sáenz, nombrada así por el Mariscal Antonio José de Sucre, después de verla fajarse a tiros con el enemigo, ayudar a los heridos, cabalgar derecho frente a las balas y enfrentarse a la muerte en la Batalla de Ayacucho en 1824.

Honramos hoy a nuestra Generala Manuela Sáenz, muerta en el exilio de Paita, víctima de la peste, pobre, inválida, pero desbordante de dignidad, con un alma tan gigantesca y noble, como la que más...Honramos este puñado de tierra hermana, de suelo sagrado de la Patria Grande, la patria que Manuela dignificó, a la que consagrara su vida para liberarla de toda opresión junto al Libertador, codo a codo con los soldados del Ejército Libertador que estaba compuesto por chilenos, argentinos, bolivianos, peruanos, quiteños, guayaquileños, cuencanos, granadinos, venezolanos, crisol de la patria grande, codo a codo con las guarichas, las acompañantes abnegadas, guías, cocineras, amantes, enfermeras, arengadoras de oficio, azuzadoras del valor, la hombría y entereza de nuestros soldados.

No hay falsificación alguna en la reconstrucción simbólica de las cenizas de la Generala Manuela Sáenz. Ella vive en la conciencia de la América nuestra, en lo profundo del alma de nuestro pueblo, de nuestros pueblos. No se trata de átomos o partículas que regatean su autenticidad por un certificado forense, no; la Generala vive en cada ecuatoriano y ecuatoriana, en cada venezolano y venezolana, amantes de la patria que ella contribuyó a liberar y construir. Igual que vive en cada panameño, colombiano, peruano, boliviano, en cada latinoamericano, en el corazón de todas y todos quienes amamos a esta patria inmensa que celebra el bicentenario de las declaraciones libertarias.

Cada palmo de suelo americano tiene legítimo derecho a representar no sólo a la tierra que vio nacer a Manuela, que estuvo bajo sus plantas en tantos combates por la vida, que sustenta el testimonio del espíritu de sus mejores hijos, de sus próceres de la libertad, de quienes regaron este suelo con su sangre. Cuando los pueblos despiertan suele ocurrir que los próceres abandonan el frío mármol o el bronce y se bajan de los pedestales. Sucede con Bolívar, con Sucre, con Manuela y claro, cunde la alarma; Bolívar, Sucre y

Manuela mientras permanezcan quietos en el bronce, no preocupan a nadie, ¡pero vivos! lograron conmocionar en su tiempo, y aún en este tiempo.

Tan vivos están que se escribe contra ellos, se levantan argumentos, se desempolvan las armas homicidas, la oposición, los golpes de pecho, las diatribas, este polvo, esta arena que viene recorriendo Perú, Ecuador y Colombia, en donde ha recibido los honores que se merece, no ha llegado solo, esta tierra de Paita está impregnada del soplo de vida de una mujer patriota, representante de una época de insurgencia, de combates, de entregas sin medidas a la causa de la libertad en América. Esta tierra está impregnada de sangre heroica, de sueños, no ha venido sola, la acompañan los cantos del nuevo tiempo que vivimos ahora en América Latina. Esta tierra no llega sola a donde está Bolívar, llegan con ella los mártires y los devotos de la emancipación, de la dignidad; llegan hasta la bandera del Libertador los rebeldes, los mestizos, los negros, los cholos insumisos, los llaneros altivos, la gente de la costa, de la sierra, las mujeres que a través de nuestra vida dejaron la vida y sembraron la vida para darnos la patria. Llegamos con ella a decirle a Bolívar que aquí estamos de pie, que no hemos abandonado la pelea, que seguiremos sumando manos, ideas y voluntades a la gran causa de la integración, hasta que nos veamos como hermanos, hasta que nos veamos como hermanos de una gran nación de naciones en donde podamos ser diversos pero nunca más desiguales, en donde podamos repartir la tierra, la riqueza, el alma y el corazón entre todos, entre todas.

Bienvenida Manuela a otra casa de la casa grande, a otro rincón de América morena y mestiza y cada vez más libre. Bienvenida aquí, bienvenida te damos junto al Bolívar que amaste, el abrazo profundo e interminable que siempre has merecido y que nosotros hemos soñado.

Hoy nadie ha traído los restos de Manuela, no sólo porque nadie sabe en donde están, sino porque no se trata de un acto de necrofilia; este es un acto de simbolismo que a través de un poco de tierra de Paita quiere significar que el espíritu de las mujeres más representativas de nuestra independencia está en las montañas, en los llanos, en la selva, en el mar y en nuestros corazones. Quiere significar este acto un homenaje a todas las mujeres de nuestros pueblos; mujeres que trabajan día a día por la dignidad, por levantar las banderas del coraje, de la pasión por ser libres.

El suelo de Paita en donde nuestra Manuela vivió por más de 2 décadas un exilio que empezó siendo forzoso y terminó siendo voluntario, en donde vivió honradamente, dignamente, pobremente como traductora inglés-castellano y haciendo panecillos, dulces, costuras y bordados en una humilde casa en donde había un pequeño letrado que decía "Tobacco, English spoken". Vivió con dignidad en donde los indignos la recluyeron, recibiendo a los más ilustres y asombrados visitantes. En ese pedazo de tierra, su humilde

casa, como Giuseppe Garibaldi, el padre de la Italia moderna, como Hermann Melville, el autor de Moby Dick, como Simón Rodríguez, el maestro del Libertador, como Don Ricardo Palma, el más ilustre peruanista.

Valor, heroicidad significa Manuela. Representa a las mujeres en nuestra historia como combatientes, amantes, amigas, esposas, madres, compañeras. Patriota y luchadora Manuela con el amor en armas se alzó buscando continente porque había nacido en la línea ecuatorial. Ella rehacía el amor sólo para deshacerlo y volverlo a tejer como una buena amante en contra del olvido. Detrás de los montes venía con el agua de su voz y de su encanto, entre las batallas al pie de las victorias y detrás de las derrotas. Ella y sus sombras tan limpias como una mañana de azul en cielo quiteño.

La memoria de nuestra Manuela bolivariana está en símbolo fundida con la tierra de Paita, la tierra que ella habitó en sus últimos años cuando pagaba en el destierro la ingratitud de muchos de sus compatriotas. Ahora, junto a la espada de Bolívar, como un canto común recorre llena de vida convocando a la esperanza.

El reconocimiento a la memoria de Manuela Sáenz se pone en práctica cuando mejoramos el ingreso salarial a las mujeres que realizan trabajo doméstico, se traduce en la tranquilidad de las madres de escasos recursos que pueden enviar a sus hijos a la escuela sin pensar en onerosas contribuciones voluntarias, que saben que sus hijos cuentan con uniformes y útiles gratuitos, con desayuno escolar, con unidades educativas ejemplares; se traduce en las madres de hijos con discapacidad que están siendo atendidos y protegidos con ayudas técnicas y otras contribuciones.

Honramos la memoria de Manuela con políticas de inclusión económica y de las políticas de salud preventiva y nutrición que tienen hoy las madres gestantes. El espíritu de Manuela nos permite afirmar que los pueblos de América Latina son los legítimos herederos de las luchas sociales de liberación contra todas las formas de dominio y colonialismo, que reconocen y entienden la paz como un resultado de la justicia, del desarrollo equitativo y armónico de la sociedad enmarcada en el más amplio y profundo respeto a las libertades individuales y colectivas; en el reconocimiento a la diversidad, a la sabiduría y a las culturas ancestrales y en el profundo compromiso con el presente y con el futuro.

Está presente, ahora mismo, la Coronela de nuestras luchas independentistas, en el proceso que lleva adelante la República Bolivariana de Venezuela, en la enorme transformación que está viviendo la hermana República Pluricultural de Bolivia, en la patria de Sandino, en Nicaragua, en toda la América sentimos su presencia abanderada, intemporal, de la guerra en contra de la discriminación y opresión.

La Generala Manuela Sáenz Aispuru, Manuelita, la más ilustre y humana mujer de nuestra historia, en cuyo nombre honramos hoy y recordamos también a todas las mujeres anónimas a quienes pretendían menoscabar, llamándolas guarichas, soldaderas, voluntarias, juanas y rabonas como se solía nombrar a la multitud femenina que acompañaba al Ejército Libertador. Mujeres bellas, guerreras valerosas que combatieron en contra del dominio extranjero y dieron su sangre para conseguir una patria para sus hijos.

Aquí está Manuelita, representándola junto a Simón Bolívar, junto a los héroes de Pichincha, de Ayacucho, de Carabobo, de Junín, la Libertadora de Libertadores. Junto a ella, los pueblos hasta hace poco marginados y oprimidos por nuevas formas de esclavitud. Esta Latinoamericana, esta Bolivariana, esta quiteña ejemplar retoma su sitio entre nosotros, nos inspira en la tarea de organizar un mundo nuevo, de participar en la ebullición incontenible que se extiende por esta América nuestra, que ella amó y combatió sin esperar recompensa. Su memoria vive el cambio de época que trae un nuevo despertar para los pueblos; un despertar incontenible que va en busca de nuestra segunda y definitiva independencia, y nos recuerda que los sueños visionarios de nuestro Libertador son hoy por fin posibles, una promesa cercana que estamos obligados a cumplir sin desmayo ni fatiga.

Nadie puede descansar mientras existan rezagos de pobreza, ignorancia, inequidad; aquí junto a Manuela, al Libertador, reiteramos nuestra promesa de jamás traicionar sus ideales, de jamás abatir sus banderas, de nunca deshonrar su memoria.

Sí Manuelita, con tu ejemplo de combate y amor nos hemos levantado en lucha permanente caminando con pie firme por la senda de la insurgencia creativa, hacia un futuro con dignidad, hacia el buen vivir, hacia la patria grande que tú y tu Simón tanto soñaron. ¡Hasta la victoria siempre, Generala!